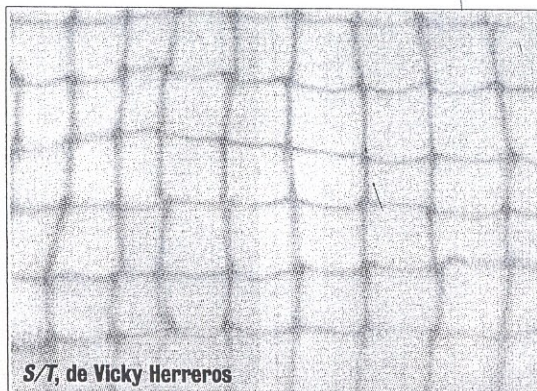


Herrereros / Olivella

Vicky Herrereros y Ana Olivella

Galería Astarté, Madrid. C/ Monte Esquinza, 8
De 600 a 3.000 euros. Hasta el 7 de diciembre

MEDIADOS los noventa empieza a definir el ámbito de su actuación Vicky Herrereros (Madrid, 1964), una pintora que tempranamente había destacado con una figuración venida de sus reflexiones sobre el clasicismo y la naturaleza del plano que le valió tres becas mientras cursaba Bellas Artes en San Fernando y su selección para el Premio l'Óreal apenas terminada la carrera. En aquella década, se decantó como otros muchos artistas jóvenes por un postminimalismo que –afortunadamente– la mayoría de las veces le debe más a la capacidad de inventiva del autor, a su receptividad frente al hecho poético y a su afán de hallar soluciones inéditas que a su fidelidad a la ortodoxia y empezó a desarrollar una pintura que habría de conducirla a los límites de lo sutil y que, más que de la disolución de las imágenes del mundo, habla entre susurros de su desaparición.



S/T, de Vicky Herrereros

Fue muy comentada su última individual en esta galería, hace algo más de un año. La pintora dibujaba formas proyectadas –la sombra de una ventana sobre el suelo, un destello de luz sobre una pared, claridad y penumbra– y luego velaba aún más estos elementos intangibles a base de superponer delicadas telas de tul, de suerte que el tema del cuadro podía ser el sencillo y sugerente dibujo enterrado en él, pero también una parte del entorno. «Se necesita de la penumbra para verlos», decía entonces Miguel Ce-

receda. Y es cierto: la luz tendía a devorar aquella imagen que se insinuaba sobre –o bajo– el lienzo, o acaso fueran la pupila y el ánimo del espectador los que pretextaran un exceso de claridad para ir en busca de un lugar al abrigo de esos haces de fotones que constituyen su dieta habitual.

Aunque técnicamente están resueltas de un modo más sencillo, nos parecen más complejas las obras que presenta en esta nueva exposición. Sobre un material industrial rígido y perfectamente liso, la artista desarrolla una suerte de caligrafía que adopta la forma de una red y, a partir de esta sensual arquitectura, construye espacios sutiles y ambiguos precisando o desenfocando determinadas zonas del cuadro. Unas paradojas visuales que se constituyen en nuevo campo especulativo para una obra que, sin perder nada de su ser poético, ha ganado en inteligencia y concisión. Junto a ella expone otra joven artista, Ana Olivella (Vilafranca del Penedés, 1969), que se presenta por primera vez en Madrid con una obra que guarda cierta relación con la de Herrereros: son grandes fotografías de paisajes vacíos, de carreteras que se pierden en el infinito, de nubes y olas, semiocultas bajo una suave piel de cera.

Javier Rubio Nombrot